



MEMORIAS  
DE  
MAXIMILIANO

F1233  
.M395  
M29  
1869  
v. 1-2

O. LICEAGA





1020002776





104688



MEMORIAS

DE

MAXIMILIANO





IMPRESA DE I. ESCALANTE Y C<sup>o</sup>, BAJOS DE SAN AGUSTIN, NUM. 1.



Lit. de Salazar

Fernando Maximiliano



RECUERDOS DE MI VIDA

MEMORIAS

DE

MAXIMILIANO

TRADUCIDAS

POR

DON JOSÉ LINARES Y DON LUIS MENDEZ

TOMO PRIMERO

MÉXICO

F. ESCALANTE, EDITOR.

1869





F1233

m395

m29

1869

v. 1-2

Esta obra no puede reimprimirse sin permiso de sus traductores.



FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

## PRÓLOGO DEL TRADUCTOR FRANCES

PRONTO hará un año que la muerte de Maximiliano fué conocida entre nosotros. En un país, y en un siglo en que los hombres y las cosas pasan tan velozmente, en que los hechos más graves de la historia se suceden con rapidez tal que el acontecimiento del día es arrojado á la sombra y al olvido por el acontecimiento de mañana, ¿será tiempo aún de ofrecer al público la traducción de las amables páginas en que el caballeroso descendiente de Carlos V se nos descubre de un modo tan atractivo, tan simpático, y nos ha legado, por decirlo así, su alma entera? Es permitido esperarlo. Maximiliano pertenece en cierta manera á la Francia: su nombre y su muerte han llegado á ser rasgos demasiado profundos de nuestra historia nacional; la intervencion francesa en México será una página demasiado conmovedora de nuestros anales contemporáneos, para que no haya un interes duradero en todo lo que de cerca ó de léjos concierna al héroe de este lúgubre drama.

¿No parece, además, que desde los acontecimientos extraordinarios que recientemente han cambiado la faz de la Europa, y alarmado justamente nuestro patriotismo,



las simpatías de la Francia se han vuelto unánimemente hácia esa antigua y gloriosa casa de Austria tan cruelmente herida por la suerte? ¡Qué serie de pruebas en tan pocos años! ¡La campaña de Italia; la guerra de 1866; la horrorosa y repentina muerte de varios miembros de la familia imperial; la catástrofe de Querétaro; el lamentable destino de esa noble princesa, tan «digna, como se ha dicho, de la elocuencia de un Bossuet,» y que no recobra su razon extraviada sino para conocer y sentir en toda su amargura la inmensidad de su desgracia. ¿En dónde hallar en otra casa reinante semejante encadenamiento de desgracias? ¿No será necesario acaso, para descubrir un ejemplo análogo, remontar hasta aquellas fatalidades implacables, hasta aquellos regios infortunios cuya fabulosa memoria nos ha trasmitido la poesía antigua?

Las *Memorias* de Maximiliano se imprimieron por primera vez en Viena en 1862, se tiraron solo unos cincuenta ejemplares destinados por el archiduque á los miembros de su familia, á varios príncipes y princesas de las cortes extranjeras, que eran sus parientes por consanguinidad ó alianza, y á sus amigos íntimos. El pensamiento de darlos á la publicidad no vino al autor, sino poco tiempo ántes de ser llamado al Imperio, corriendo el año de 1863. Confió la vigilancia de esta impresion á los cuidados tan inteligentes como solícitos del baron Münch-Bellinghausen, tan conocido en la literatura Alemana bajo el seudónimo de Federico Halm, el brillante autor de *Griseldis*, del *Hijo del Desierto*, del *Gladiador de Ravena*, y de *Poesías* muy estimadas. La edicion

nueva se comenzó en Leipzig, porque Maximiliano no quiso que sus obras fuesen publicadas en su patria.

Consideraciones de cierto orden hicieron interrumpir, hácia el fin del año, el trabajo de los editores, que continuó en 1866. El Emperador se ocupaba por sí mismo en México de la revision de su obra, indicando correcciones, adiciones, y *especialmente supresiones* motivadas en gran parte por las circunstancias políticas que sobrevinieron entónces, y que acabaron por hacerle aplazar una vez mas la publicacion. Las cosas permanecerian aún en tal estado, si durante el último estío, cuando fué conocida en Europa la muerte de Maximiliano, el emperador Francisco José, por un movimiento espontáneo de piedad fraternal, no hubiese dado orden de continuar y concluir la impresion de las *Memorias*, cuyos primeros volúmenes parecieron en el mes de Agosto, y los últimos en fin de Octubre.

El libro se intitula *Aus meinem Leben, Reiseskizzen. Aphorismen, Gedichte*. «Recuerdos de mi vida. Bosquejos de viajes. Aforismos. Poesías.» La edicion alemana contiene siete volúmenes; es decir, que no hemos reproducido integramente el texto original, puesto que nuestra traduccion solo contendrá dos. No hemos elegido sino lo que nos ha parecido susceptible de interesar por cualquier titulo al lector frances, y lo mas propio para caracterizar el espíritu y la imaginacion del autor, ó de dar á conocer sus relaciones con los soberanos extranjeros. El último volumen termina con una coleccion de poesías, que en su mayor parte tienen gracia, armonía y elegancia, pero que perderian mucho de su valor en una



traducción: por lo mismo nos hemos abstenido de reproducirlas. Hemos dado, al contrario, casi por completo la colección de *Aforismos*, ó pensamientos sueltos, consignados en el papel de día en día (1851-1862) y relativos á motivos varios de política, de religion, de literatura y de moral. En esta parte es en la que el autor mismo habia creído deber hacer mas supresiones: tal reflexion, tal juicio que habrian parecido naturales en la pluma del archiduque, no podian convenir ya al Soberano; y por otra parte, sus ideas sobre los hombres y las cosas de su siglo se habian modificado sensiblemente desde los últimos acontecimientos. <sup>1</sup>

Nos ha parecido que con ayuda de estos *Recuerdos*, se puede reconstituir una fisonomía infinitamente amable y tierna, y este es el sentimiento que nos ha inducido á traducirlos. De este carácter que pertenece ya á la historia, el lector delineará los contornos, y hallará por sí solo los rasgos principales: una alma entusiasta y ardiente, un corazón ardiente y amante, una inteligencia abierta á todo lo bello y noble, á todas las ideas generosas, una imaginación poética, soñadora, esencialmente *romántica*, nótese bien esta última palabra, es aquí capital, es un epíteto con que el príncipe se honrará mas de una vez á sí mismo, y es también el que acaso le convie-

<sup>1</sup> De sentir es que no haya sido comprendido en estas Memorias, el primer escrito de Maximiliano, la relación de su *Viaje á Grecia* y al Asia Menor, que tan profundos y bellos recuerdos le habia dejado. Esta obra ha aparecido recientemente en Leipzig, en casa de los mismos editores, bajo el título: *Mein erster Ausflug Wanderungen in Griechenland von Maximilian I, Ferdinand Maximilian, Erzherzog von Oesterreich. Dunc-ker und Humblot, 1868.*

ne mejor. Aquella imaginación tan impresionable y tan viva, aquella dirección de espíritu romanesca y romántica que desde su infancia <sup>1</sup> pudieron observarse en él y fueron hasta el fin su cualidad dominante y característica, bastarian por sí solas para explicar su extraño y trágico destino.

Mucha severidad ha habido en efecto en algunos juicios producidos sobre Maximiliano. No podría entrar en nuestro humilde papel de traductor el ensayar una apología de este príncipe cuya muerte heroica y sublime hubiera debido desarmar á ciertos jueces prevenidos: otros mas autorizados que nosotros emprenderán esta tarea ó la han emprendido ya. Mas hay un reproche dirigido á su memoria que no podemos impedirnos de combatir de paso: se ha querido hacer de Maximiliano un soñador ambicioso que sintiéndose estrecho en las condiciones de existencia en que la suerte lo habia colocado, se apoderó ávidamente de la primera ocasión de ceñirse una corona. ¿No se tienen, pues, en cuenta las aprehensiones, los escrúpulos, las repugnancias profundas que le hicieron vacilar tanto tiempo antes de aceptar el imperio que se le ofrecia? ¿Y se ha olvidado acaso que rehusó varias veces, que al fin no se decidió sino conformándose con la opinión de las potencias de Europa, y cuando, despues del voto de la asamblea de los notables mexicanos debió creerse sinceramente llamado por la voluntad nacional?

Esas vacilaciones, esas luchas, esas angustias de su al-

<sup>2</sup> Consúltese sobre esto un estudio recientemente publicado en Alemania: *Kaiser Maximilian I von Mexico, von T. A. Liegel. William Onken. Hamburg, 1868.*



ma, las hallamos elocuentemente reproducidas en algunos versos infinitamente curiosos y tiernos que la casualidad ha presentado á nuestra vista. Hé aquí cómo se expresaba el desgraciado príncipe la vispera de tomar la decision fatal que debia conducirle á México.

—«Será pues preciso separarme para siempre de mi  
«querida patria,—del hermoso pais de mis primeras alegrías!—Quereis que abandone mi cuna dorada,—y que  
«rompa el lazo sagrado que me une á ella!

«La tierra donde he vivido los años risueños de mi infancia,—donde he sentido las emociones del primer amor,—debo abandonarla por fines inciertos—de ambicion que excitais en mi corazon?

«Quereis seducirme con el incentivo de una corona,—  
«quereis deslumbrarme con locas quimeras:—debo prestar oído al dulce canto de las sirenas?—desgraciado de  
«quien se fia en sus halagadoras promesas!

«Me hablais de cetro, de palacios, de poder;—abris  
«delante de mí una carrera sin limites:—debo seguiros  
«hácia lejanas riberas,—mas allá del vasto Océano?

«Quereis tejer de oro y de diamantes—la trama de  
«mi vida;—pero podeis tambien darme la paz del alma?  
«—y la riqueza á vuestros ojos es, pues, la felicidad?

«Oh, dejadme seguir en paz mi tranquilo camino,—  
«el sendero oscuro é ignorado entre los mirtos!—creedme, el trabajo de la ciencia y el culto de las musas  
«—son mas dulces que el brillo del oro y de la diadema.»

¿Es este el grito de una alma atormentada por la passion del poder y devorada por la ambicion? ¿No parece despues que se han leído estos versos, que de poco de-

pendió que el destino fuese otro para él, y que poeta y artista siguiese su feliz existencia en medio de los encantos de Miramar?

En fin, los que en fe de algunas páginas llenas de un entusiasmo juvenil é ingénuo por las glorias históricas de su casa, se sintiesen aun tentados de atribuir á Maximiliano preocupaciones monárquicas, y de creerlo infatuado de su grandeza de príncipe, y de los privilegios de su raza, harán bien en suspender su juicio hasta que hayan leído los *Aforismos* que contiene nuestro segundo volumen. Hallarán en ellos la expresion de un liberalismo sincero, y pensamientos que no desdeñarían los espíritus mas independientes y mas ilustrados de nuestra época.

La fisonomía de Maximiliano es de las que ganan en ser vistas de cerca. Ella revive en cada página de estas *Memorias*, y por dichosos nos tendríamos en que no hubiese perdido demasiado de su simpática gracia en la traduccion que ofrecemos hoy.



## A LOS LECTORES

---

En el prospecto que precedió á la publicacion de la version castellana de esta obra, se habia ofrecido que los traductores darian á luz, con el primer tomo, el juicio crítico que de ella formaran: sin embargo, los traductores se han reconocido impotentes para este trabajo; ante él retrocedieron, y suplicaron á un amigo suyo, el Sr. Lic. D. Manuel Ortiz de Montellano, tan ventajosamente conocido en la literatura mexicana, que desempeñase esta tarea, imposible de llevar á cabo por los traductores; y el Sr. Montellano, cediendo á los empeños de la amistad y robando algunos momentos á sus atenciones, tuvo la bondad de obsequiarnos con el precioso artículo que damos á continuacion.

No solamente las bellas letras ganarán con esta sustitucion, sino el mismo autor que, juzgado imparcialmente, aparecerá tal como es ante la posteridad: los traductores no habrian tenido la sensatez de juzgar de la obra con sangre fria: amaron al



autor; su memoria aun está fresca; sus obras por lo mismo les parece exentas de todo error; y si alguno observaran, quizá no tendrían la imparcialidad bastante, la energía que debe caracterizar al crítico ilustrado, para señalar con mano firme las contradicciones, las equivocaciones, las faltas en que el autor puede haber incurrido. Bastante respetuosos para con la memoria del autor y para con el público, han sido fieles en la traducción, hasta sacrificar en algunos pasajes la fraseología española, á fin de no desvirtuar las ideas originales. Que México acepte esta versión con benevolencia; que este libro dé á conocer como era, al hombre que por breves momentos tuvo en sus manos el porvenir de nuestra patria; que cesen las preocupaciones que contra su memoria hayan podido nacer, y habrémos tenido la satisfacción de rendir á sus manes el mas digno homenaje.

*Los Traductores.*

## RÁPIDO ESTUDIO SOBRE LA OBRA

### I

En medio del grupo de verdes islas regadas por el Mediterráneo, que formaron la antigua Grecia, y en la metrópoli de su ciencia y poderío, los que se llamaban hijos de los dioses acostumbraban reproducir, con la terrible verdad y con el respeto profundo de un rito religioso, la historia de sus padres y de sus dioses, en esas tragedias de gigantes, cuyas escenas se desarrollaban á la luz del sol, en medio de los bosques y de las montañas, sirviéndoles de fondo el limpio azul del cielo helénico. Cubrían los actores su rostro de un antifaz que abultaba sus facciones; vestían luengos y vistosos trajes, y calzaban el coturno, que aumentando su estatura, hacíalos aparecer de gigantescas proporciones á los ojos del pueblo que los escuchaba con religioso silencio. Allí Sófocles hizo interpretar su fatídica creación de Edipo rey, y allí las matronas griegas lloraron sobre las cenizas de Ajax.

Pasó y murió la civilización griega: con ella cayeron sus dioses y sus templos, sus teatros y sus decoraciones: enmudecieron sus coros, intérpretes del corazón del pueblo; y sobre tantas ruinas, de entre las que la Historia



apénas ha alcanzado sacar ilesos algunos nombres, suena una voz al través de los siglos, extranjera hoy en el mundo, pero en todas sus partes con santo respeto escuchada, la voz de los poetas, que nos hace comprender al hombre y al siglo y á la civilizaci6n en que vivieron.

El destino del drama griego reproduciese dia á dia en el terrible drama de la vida humana. Preséntanse en él esos gigantescos actores, que se llaman emperadores y reyes, grandes capitanes ó soberbios conquistadores, á cuyo rededor se agrupan los pueblos fascinados: á poco pasan y desaparecen; y al desnudarse de sus prestadas vestiduras, si solo legan sus nombres escritos sobre las piedras tumulares, que forman las páginas del gran libro de la Historia, esos nombres son á lo más, el epitafio de muertas generaciones, que el anticuario se detiene á descifrar entre los escombros de las edades.

Solo el acento de la inteligencia y del corazon del hombre, que habla al corazon y á la inteligencia de la humanidad, domina el estrépito que forman las alas del olvido que bate el Tiempo en su vuelo hácia la eternidad. En vano buscaríamos los nombres de los héroes de Maraton y Salamina, entre el polvo de ruinas calcinadas, si no los oyésemos de los labios de Xenofonte y de Tucydides; pero cuando así el silencio envuelve y oculta los altos hechos de los guerreros, vibran aún directamente en nuestros oidos, ya cadenciosos, ya enamorados, ya terribles y solemnes, ya graves y severos, los acentos de Safo y de Anacreon, de Eurípides y de Homero, de Esquiles y de Demóstenes. Del siglo de Augusto llega á nosotros el eco de la voz de sus poetas, miéntras el esfuerzo de

diez generaciones no ha sido bastante á evitar el derrumbe de un solo arco del derruido Coliseo Romano.

El poeta sobre el drama, el hombre sobre el actor, la inteligencia y el corazon sobre las glorias humanas; y presidiéndolo todo, la fatalidad pagana, ó el designio providencial de los cristianos: hé aquí los grandes hechos que se desprenden en la historia de la humanidad, y que se han presentado á nuestros ojos con vivisimos detalles al recorrer las páginas de este libro, y tomar la pluma para escribir, en cumplimiento de nuestro propósito, el juicio que hemos formado de esta obra, cuya traducción ofrecimos de buena voluntad, y como un presente de cariño á nuestros compatriotas.

FERNANDO MAXIMILIANO, el autor de este libro, mecido en la cuna de los Hapsburgos, bajo el dosel que sombreó la frente de Carlos V, y colocado en la primera grada del trono secular del Austria, no es en las páginas que van á leerse, ni el sucesor de un Emperador, ni el fundador de un Imperio, ni el redentor de un pueblo, ni el mártir de una raza. Olvidando su antifaz y su coturno, y sus régias vestiduras; léjos del gran teatro de la vida pública, en el silencio de su cámara de marino ó de su alcoba de príncipe, sintió la noble exigencia de ser algo más que un rey, algo más que el actor en el drama de los pueblos; y fué el hombre de clara inteligencia, de corazon noble, y bajo el dictado de la una y del otro, consignó dia á dia sobre el papel de su libro de recuerdos, las impresiones del jóven y el fruto de las meditaciones del que siente sobre su alma el peso de fatales y sombríos destinos.



Poeta y marino, el autor de este libro sueña y medita. En cada página describe, de una manera nueva siempre, el suelo que pisa, el aire que respira, el horizonte que le rodea, la luz que le alumbra, el árbol que le dá sombra, y aun el insecto zumbador que arrulla sus ensueños de poeta ó turba sus meditaciones de filósofo. Detalles de actualidad, que con las galas del buen decir, son la delicada filigrana que adorna las hojas de su libro. Pero tambien, al hollar cada piedra de esos pueblos, que viven de sus tradiciones, mira á cada paso levantarse, como al influjo de un conjuro, las sombras de otros tiempos; y entre las fogatas, á cuya luz los lazaroni devoran los característicos macaroni, vé dibujarse la sombra de Massaniello, como mira levantarse la de Virgilio sobre su clásica tumba de Sorrento, y la de Boabdil entre los desiertos corredores de la ruinosa Alhambra.

En medio de esos detalles del presente y de esos fantasmas del pasado, hay, sin embargo, para nosotros los que ofrecemos al público este libro, una figura más íntima, más detalladamente descrita en él, que creemos viva y animada aún, cuya voz nos figuramos oír, cuyas palabras quisiéramos saber interpretar, y que, sin embargo, al escribir estas líneas, es tambien solo una sombra que se levanta de la tumba: esa figura es la del autor de este libro. Edipo, Massaniello, Boabdil, nombres que se han escapado á nuestra pluma, y con cuyos ropajes la fatalidad, el odio y la desgracia lo vestirán en el teatro de la Historia, que solo escribe la verdad sobre el polvo de muchas generaciones, no va á ser para nosotros mas que el hombre de clara inteligencia, de noble y caballeroso co-

razon, calidades que él tuvo en más valía, que su título de nieto de cien reyes. Y vamos á ocuparnos de él, porque al juzgar el libro de sus RECUERDOS ÍNTIMOS, el alma que le da vida, enlace y originalidad, no es mas que el corazon y la inteligencia que dictaron sus páginas.

## II

Abrese este libro de los Recuerdos de Fernando Maximiliano, en el mes de Julio de 1854, y sus primeras líneas, escritas á bordo del «Novara,» lo fueron cuando el ilustre viajero contaba apenas 19 años de edad. Nápoles y Florencia, Cádiz y Gibraltar, y Granada, y Cartagena, visitadas en tres meses de ese año, forman un bello panorama, en cuya descripción el corazon del jóven se desborda en cada detalle, y rompe de una vez esa armadura de impasible acero con que en las viejas monarquías de Europa se cubre el pecho de los príncipes. La educación aristocrática separa á las razas privilegiadas de la naturaleza y de la humanidad; y por eso, cuando bajo el influjo de temperamentos excepcionales, ó al choque de esas tempestades que han arrancado á tantos reyes de sus tronos, el hombre vuelve á la naturaleza y al hombre su hermano, la novedad del espectáculo y el sentimiento de su origen acercan al príncipe de la tierra á Dios y á la humanidad, y dan vida á las simientes de la adoracion y de la fraternidad, que se desarrollan cuando las fecundiza el viento de la libertad, y que inspiran el himno de la ala-



banza y del amor, á corazones que, como el de Antígona, fueron formados para amar y no para aborrecer.

A medida que la estela de la embarcacion que le conduce, le aparta del trono á cuya sombra pasó su niñez, el corazon y la palabra del viajero se impregnan en ese perfume que llevan consigo las brisas del Mediterráneo, y que parecen, bajo el sol de los climas meridionales, infiltrar en el alma ese ardimiento, ese amor á la libertad, que fué el rasgo característico de pueblos esclavos hoy, y que ayer fueron las repúblicas de Grecia y de Roma. El jóven, sintiendo agitarse su alma con el vigor del hombre primitivo, describe cuanto ve y cuanto siente; déjase arrastrar por la fogosidad de su imaginacion de poeta, y reniega, sin comprenderlo, de sus tradiciones políticas y de raza; olvida á veces sus hábitos germánicos, y deja percibir esa lucha primera entre el hombre y el príncipe, que forma el drama vivo, oculto en las páginas de su libro, que son en la superficie solo las notas sueltas de unas impresiones de viaje.

Nada se hallará de nuevo en la descripción de los lugares, si no es la pluma que los describe. ¿Quién que ha atravesado el Océano, no ha subido al cráter del Vesubio, á mezclar su respiracion de pigmeo, con la compasada respiracion del gigante de fuego? ¿Quién no ha visto, ó conoce la patria de Galileo y de Miguel Angel? ¿Quién ignora dónde está y qué es el gran puerto español, fundado por los colonos de Tyro; ni á quién son desconocidas Granada y la Alhambra, con sus leyendas moriscas y sus melancólicas tradiciones de un pueblo, al que han sobrevivido las flores que plantó en sus jardines? No busquen

nuestros lectores en este libro, ni un curso de geografia ni de historia, ni piensen que á los ojos del viajero que visitó esos lugares durante pocos dias, hayan descubierto los monumentos ó las ruinas, misterios que hayan escapado al estudio de los siglos. Si algo de nuevo se halla en estas páginas, es ya un celaje con que el sol se cubria al hundirse en el golfo de Nápoles, ya la estrecha jaula de un pájaro solitario, que forma el adorno de la humilde celda de un monje; tal vez el nombre ignorado del mundo, de un matador español, pero sobre todo, la historia de las impresiones que en el corazon de un príncipe alemán producian la naturaleza y Dios, el hombre y la humanidad, con quienes por primera vez se pone en contacto, y tal como se dan á conocer y se desarrollan en los climas meridionales.

Fernando Maximiliano, al tomar la pluma para escribir sus impresiones de viaje, ha podido decir, con más razon tal vez que el gran poeta de la Francia: "pintemos;" y él ha hecho más: ha trasladado al papel el paisaje y el pintor. Bajo el punto de vista literario, el mérito indisputable de este libro está en las descripciones, y el de éstas en sus detalles. Todas ellas tienen esa verdad de colorido, de contornos, que hacen ver á traves de las páginas, donde solo hay líneas matemáticamente iguales, los cuadros inmóviles ó agitados de la naturaleza, con la gradacion nunca repetida de tintas y murmullos, con sus armonias infinitas de los sonidos y los reflejos, de los perfumes y los colores.

Si de los cuadros de la naturaleza pasamos á la descripción de los espectáculos característicos de cada pue-



blo, conocemos poco que iguale en fidelidad y animacion á la detallada descripcion de la corrida de toros en Sevilla, que ocupa una buena parte de las páginas consagradas á sus recuerdos de España, y que termina con el reto del corazon entusiasmado por el valor y el arrojo á la flemática civilizacion de los hombres de su estirpe. Para comprender al hombre, es necesario completar ese cuadro con el diverso de la corrida de toros de Lisboa. Cuanto hay de entusiasta admiracion en el primero, tanto hay de amarga burla y desprecio en el último. Ante el valor salvaje, pero grande y terrible, que sonrie frente á frente del peligro, el viajero aplaude al arrogante lidiador español; ante la farsa ridícula y cruel del juglar portugués, la sangre le horroriza, y solo asoma á sus labios la sonrisa del desprecio.

Pero donde resaltan sin duda mas las dotes del escritor y del hombre, es en la descripcion de los hombres y de sus caracteres. A proporcion de que mas viaja, se encuentra más y más libre su inteligencia y más independiente de sus tradiciones el juicio que forma de sus ilustres huéspedes; y para comprenderlo así, basta comparar la descripcion de la corte del rey Fernando con la de la de Doña María de las Glorias. Hay en ésta, especialmente, al lado de observaciones ligeras que traicionan al jóven, sobre la obesidad de su real pariente, rasgos tan delicados al juzgar al ilustre esposo de ésta, que hacia llamarse majestad fidelísima, y daba la bendicion á los súbditos de su esposa, que como en esas pinturas de *doble efecto*, se deja ver dibujada la menguada figura del rey consorte, sin que haya una sola frase, una palabra sola que herir pueda su susceptible orgullo aristocrático.

Si á vuelta de esas bellas descripciones, se examina con la fria imparcialidad de la crítica, el estilo en que está escrito este libro, y si no se ha convertido en insulsa paradoja el envejecido axioma de que el estilo es el hombre, tal vez graves y severos cargos podrian hacerse al que, abusando de una imaginacion ardiente, sembró demasiado de flores y de adornos, páginas destinadas á aparecer ante el mundo, cubiertas con los blasones mas antiguos de la heráldica. A los que nacen para reyes, no es permitido ser hombres, ni ménos poetas. Cada una de sus palabras debe salir vaciada en el molde convencional de la diplomacia; y las inspiraciones del corazon, las galas del buen decir, deben sacrificarse á las medidas frases de las conveniencias políticas. Y no importa que el principe de la casa de Austria tuviese apenas veinte años cuando visitaba la isla de Madera. La juventud tiene que abdicar sus fueros ante las graves posiciones sociales.

Pero esos cargos, que justificados aparecerán á los ojos de algunos, son tal vez los que mas enaltecen á los nuestros, al autor de este libro. Si el estilo es el hombre, ese hombre, con su alma de poeta, rompió los valladares de su posicion; y dejando correr su pluma sin mas guía que su inspiracion, coloreó su estilo con esos mil tintes orientales que reunió en su paleta de pintor, al recorrer los pueblos que aun guardan en su idioma las reminiscencias de los primitivos lenguajes figurados. Tal vez porque cuadran mas á nuestra imaginacion y á nuestro oído, educados en la florida escuela de los poetas meridionales, lo que mas apreciamos en este libro, bajo el punto de vista literario, es el estilo, que forma un notable contraste,



cuando pensamos, que esos giros completamente orientales, que esas descripciones recargadas de atrevidas ó delicadas metáforas, fueron primitivamente escritas en alemán, idioma flexible y sonoro, pero distante y mucho de los idiomas meridionales, que con sus raíces latinas, se prestan mas á la entonacion melancólica de la poesía sentimental.

Y á veces, cuando sin tener á la mano el original alemán, hemos recorrido en la traduccion francesa algunas de las páginas mas coloridas de este libro, hemos creído encontrar en su estilo y en su fondo, algo que revela ese consorcio, forzado y terrible en el orden político, de la Alemania meridional y de la Italia. Hemos recordado que Fernando Maximiliano, fundador de Miramar, residencia italiana, en su nombre y en su estructura, levantada sobre el golfo de Trieste, alimentó su corazón en su niñez, su inteligencia en su juventud, con los clásicos estudios de la artista Italia, y asimiló así su espíritu germánico con el de la raza latina, á la que invariablemente consagró las mas bellas páginas de su libro y la sangre mas pura de sus venas.

Y tal vez, esta que para nosotros no es mas que una hipótesis, sea mas tarde para la historia la clave de graves revelaciones, que no es de nuestro propósito ni indicar siquiera, sirviéndonos solo por ahora para señalar las raíces del estilo del autor, y del carácter esencialmente poético de su libro, que estamos seguros ha de ser eminentemente simpático para los jóvenes no viciados y con especialidad para el sexo que tiene en su mano el cetro de la imaginacion y del amor.

Pero esa calidad, esencialmente latina del libro de Maximiliano, hémosla visto en cuanto al estilo más detalladamente marcada, al comparar la traduccion francesa, sobre la que hemos calcado la nuestra, con la inglesa que sirve de original á nuestro apreciable amigo el Sr. Elizaga, en la edicion que publica al mismo tiempo que la nuestra. Al pasar al inglés la obra de Maximiliano, ha perdido muchos de sus rasgos característicos, y parece que las flores sembradas en Nápoles y Florencia, en Albania ó en Mato Virgun, se secaron al pasar bajo el cielo nebuloso de Albion, sin que hayan sido bastantes á devolverles su gala y lozanía, las dotes literarias del eminente traductor español. Esto es tal vez, porque el elemento sajón no es simpático para este libro, difícil de ser comprendido por los que no tienen el corazón fundido por el calor del sol del Mediodía.

### III.

Más grave, y más importante, la parte seria de este libro, la que no ha dictado ni el genio del artista, ni la inspiracion del poeta, á la que no se ligan los preceptos literarios, ni se refiere solo á la descripcion pasajera de los hombres y de las cosas, merece de nosotros un examen detenido y formal, porque es el que sobre la portada de estas obras formará el retrato moral del hombre, que ligó la parte fatal de su destino á los destinos de nuestra patria. No nos proponemos la vindicacion del hombre político: escribimos sobre una tumba, que no se



abrirá jamás, y vamos á recoger, á la manera que se reproducen los objetos en un espejo convexo, los rasgos prominentes esparcidos en este libro, y que pintan cuál era el hombre durante el período de 1851 á 1860, en su sentimiento moral y político.

Es, por desgracia de la humanidad, una verdad tan dolorosa, como lógica en todas sus consecuencias, la de que cuanto las facultades del hombre se desarrollan en sentimiento y poesía, tanto pierden en energía y vigor. La gran ley de las unidades, que siempre hemos tenido por paradójica tratándose del hombre y de la vida real, llega á ser una falsedad manifiesta, cuando se trata de aplicarla á los hombres á quienes el sentimiento domina. No hay que buscar en ellos unidad de carácter, ni consecuencia entre la convicción y la acción: sucede las mas veces, que odiamos mas en los otros, y ménos en los otros apreciamos, lo que constituye nuestros propios defectos ó nuestras virtudes propias.

Y por eso, en vano se trataria de buscar en este libro la profesion de fe religiosa ó política de Fernando Maximiliano. Su alma en esas páginas, es la corriente de un río, que se tiñe con los colores del paisaje que le rodea, y que cambia á cada paso, reflejando así el cielo puro y sin celajes, como los negros nublados de la tempestad.

Creyérase ver en él, un severo católico de los tiempos primitivos, cuando describe con la unción de Chateaubriand el oficio divino celebrado bajo una humilde choza de la Albania, y tendríasele por poco respetuoso de las tradiciones católicas al burlarse de la «Casa de Pilatos,» edificada en Sevilla. Su odio al ateísmo, consignado

en tres ó cuatro de sus aforismos, se parece mas al deísmo práctico, que encuentra á Dios en el alma de la naturaleza, que á la ortodoxia católica que lo concentra todo en determinadas formas. Maximiliano, haciendo el resumen de su vida de viajero, y concentrando lo mas sublime de sus recuerdos, evoca la trinidad de su culto en esas magníficas descripciones, de una mañana en los Alpes, del medio dia en el paraíso de los trópicos, y de la tarde en el desierto, que termina con esta frase, que es la profesion de la fe del corazón que sabe orar y adorar: «El que ha recogido en su alma estos tres cuadros, está ya iniciado en el culto de la naturaleza, que le es no solamente permitido, sino absolutamente obligatorio.»

En otro orden de ideas, hállase tambien la misma exaltacion que rompe la unidad del cuadro. Así en la ya por otros aplaudida descripción de la escalera de Caserta, en su visita al Sepulcro de los Reyes Católicos, en el pueril orgullo con que recibe como un regio homenaje la dedicatoria de un *toro* en las corridas de Sevilla, en el mohin infantil que le causa en las ruinas de Pompeya la poco galante avaricia de los escavadores, creeria verse al vástago de las nobles razas, con su indómita ambición, con su vano orgullo, con sus cóleras injustas, que se vengán, haciéndolos aparecer comunes y vulgares, en esos monumentos, que como á un libro de piedra, han guardado durante diez siglos las cenizas de un volcan.

Pero estos rasgos y algunos otros que de su género se encontrarán en la lectura de este libro, no son sino móviles reflejos del fondo de un cuadro pintado sobre cristales. La verdad está en esos otros pasajes en que



se duele, en las fábricas de Valencia, de ver el embrutecimiento á que arrastra al hombre en nuestros tiempos, el adelanto colosal de la mecánica. No es allí el hijo de los reyes, que quiere esclavos estúpidos y no hombres para vasallos; es el hombre á quien le lastiman y hieren la degradacion del hombre su hermano, y el envilecimiento del alma, atada al carro de esos déspotas de los tiempos modernos, que se llaman el lujo y la riqueza. La verdad está en las bellas páginas escritas en Bahía (San Salvador), en las que el alma se exhala en frases ardientes de indignacion contra la esclavitud, antítesis de la civilizacion cristiana, y que le hace exclamar con la amargura del sarcasmo, respondiendo á las razones de política, que en los países que se dicen civilizados, se enuncian para no destruir la esclavitud: «¡Para no turbar la pereza en que una casta de propietarios engorda vergonzosamente, se dice que es preciso que generaciones de séres infortunados se consuman bajo una odiosa tiranía; y eso, que esos séres, esos negros, son hombres y cristianos nacidos libres bajo la ley de Dios!»

Esas páginas sobre la esclavitud, escritas por Maximiliano en los límites del Sur del continente americano, en el año de 1860, tenían en esa fecha un grave interés de actualidad: si conocidas hubieran sido entónces, se les habria tenido por un saludo de simpatía á los mantenedores de esa gran lucha, á la que cerca del otro extremo del continente, se aprestaban los defensores de la libertad del hombre, que años mas tarde alcanzaron su última victoria en Richmond, y que han escrito en su gran Constitucion, el precepto que Maximiliano queria que fue-

se el fundamental de la del Brasil: «*Todos los hombres nacen libres en un pueblo libre.*»

Pero no era solo la esclavitud del negro la que repugnaba el alma entusiasta del autor de este libro. Volved algunas páginas más y oidle: «En mi opinion, dice, todo está caduco en una sociedad en la que la violencia ha suprimido el contrato synallagmático de dos voluntades libres. Las instituciones que no tienen por base ese contrato, no pueden subsistir durante mucho tiempo, y traen consigo enfermedades y heridas que se agravan y enconan, consumiendo las fuerzas mas preciosas. La Europa sufre ciertos contratos que no han sido libremente consentidos y que mucho se parecen á una esclavitud moral, siendo causa de profundo malestar y origen de descontento. Verdad es que se han encontrado fórmulas legales que sufoquen las quejas, y se justifican tales contratos con la consideracion del bien general y de lo que se llama *la razon de Estado*....» Esos contratos son el del servicio militar y el proletariado de la fábrica. No queremos anticipar á nuestros lectores, ni desleir con largos comentarios la impresion que en ellos causen esas profundas observaciones, que parecen escritas por los que, como Rousseau, midieron la profundidad del desequilibrio social, desde el fondo del vaso en que hundidos soportaban la inmensa pesadumbre de sus aguas infectas. Maximiliano, colocado por la mano del destino sobre la superficie trasparente de ese vaso, lo sondeó desde allí; y príncipe-filósofo, simpatizó muchas veces, sin comprenderlo tal vez, con el ilustre filósofo de Ginebra, participando las más de los grandes errores de corazon y de



buena fe, que forman el lado vulnerable de los escritos de éste.

Más tarde, en la época de su vida en que creyó poder realizar sus bellas utopías, la desgraciada raza indígena y la clase proletaria recibieron muestras inequívocas de su ardiente deseo de emancipar á los oprimidos de sus opresores, y de hacer práctica y positiva la igualdad social, respetando en cada hombre los altos fueros que hacen hermano al rico del pobre; al que nació en la cuna de los hijos de los reyes, del que vió la luz en la choza de un jornalero. ¡Bellos ensueños que habia de venir á deshacer la mano ruda de la verdad práctica, que tremola aún en nuestro siglo la gran bandera de la heterogeneidad de las razas, y del sagrado derecho del origen!

Maximiliano, recorriendo los bosques virgenes del Brasil, dábase el nombre de «Ciudadano del mundo;» y este cosmopolitismo, que le hacia repugnante la vigilancia de la policía que cuidaba de la caza, y los reglamentos que exigian permiso de las autoridades para usar armas en un país donde los bosques llegan á la puerta de las ciudades, forma uno de los rasgos característicos del hombre y su libro, y explican hechos que en otro podrian pintarse con los negros colores del crimen.

Pero, como una consecuencia lógica é indeclinable, al anatematizar la tiranía del hombre sobre el hombre, y con ella la esclavitud y el proletarismo; el gran principio de las viejas monarquías, el derecho divino y la gran personificación de los monarcas, resumida en la frase tradicional de Luis XIV, se desvanecen en las páginas de este libro, en las que aparece grave y severa la gran per-

sonalidad del pueblo, de quien el instinto se proclama como el guía, el interés como la ley, la voluntad como el dogma de las organizaciones políticas de los pueblos libres. Mas no de ese pueblo formado de minorías turbulentas, que aprovechan la pereza de las mayorías apáticas, sino de ese conjunto de libres voluntades, á las que cubre la égida sagrada de los derechos del hombre y de los fueros de la humanidad.

Tales son á nuestros ojos los rasgos prominentes en el orden moral y político de los Recuerdos de la vida de Maximiliano. ¿Fué en su libro invariablemente consecuente con esos principios? ¿Los admitió en todas sus consecuencias, que van hasta fundar el gran dogma de la escuela democrática? Han inventado los espíritus soñadores, un gran refugio á la falta de energía práctica, en las creencias y en los dogmas, y que se han creído, sin embargo, bastante fuertes para formar con él una escuela filosófica, una teoría política y un elemento moral. El eclecticismo, que permite ser deísta y panteísta y aun ateo, y á veces simple cristiano, y á medias católico; que dice siempre no es tiempo todavía, en las grandes reformas sociales; que reglamenta la prostitucion, transige con el homicidio en el duelo, y excluye de los códigos penales todo lo que no hiere el interes social; el eclecticismo, al que combate frente á frente Maximiliano en este libro, es, sin embargo, el rasgo que resume en él su carácter: débil, proclamando energía; cosmopolita, halagando las tradiciones de cada pueblo; demócrata, soñando en un gran imperio; poeta, desconociendo las bellezas de la gruta de Pausilico; filósofo é historiador, permaneciendo in-



sensible en las ruinas de Pompeya, pero entusiasta admirador de las jóvenes de ojos negros y de las corridas de toros de Sevilla. Todo ello revela, que de príncipe ascendió á hombre, de hombre á poeta, de poeta á filósofo; que con su triple carácter, llevando con las debilidades de la humanidad las grandes virtudes de los corazones formados en la contemplacion de la naturaleza, quiso elevarse sobre su estirpe y sobre su época; y derretidas sus alas de Icaro, al cerrar este libro, despues del cual comenzó el drama terrible que selló con su sangre, podria escribirse en su última página, como el resumen del hombre y del libro: *Imaginacion, sensibilidad, egoismo.... Vanitas, memento mori*: frases repetidas en esos recuerdos, como una confesion, como una esperanza, y como un presentimiento, cada vez que el espíritu se concentraba en sí mismo.

Seria alargar demasiado este estudio, si hubiéramos de detallar en él el juicio que formamos del libro de Aforismos. Estos en su forma concisa, breve, y las mas veces profunda, pero sin ilacion, y destacados del cuadro de los sucesos que los inspiraron, no presentan sino aprehensiones aisladas, pero elocuentes, del espíritu observador de Maximiliano. Su originalidad consiste especialmente, en la personalidad del que los escribe, y bajo este punto de vista, cada uno de ellos justifica el juicio que del hombre y del libro hemos formado. Creemos, sin embargo, ver en esa parte de las obras de Maximiliano, más que un conjunto de verdades conquistadas para la enseñanza de la humanidad, reglas y observaciones que para guía de su conducta propia, escribia en su Libro de Memorias para

tenerlas á la vista y no olvidarlas en los negocios de la vida. ¡Cuántas olvidó y cuántas puso en práctica! ¡Cuántas contienen bajo una forma seductora para el corazon, un error que solo se hace perceptible en las horas del supremo infortunio; y cuántas contienen profundas verdades, que despues de este libro, las ha escrito la Historia con caracteres de sangre!

## IV

Desde este punto en adelante, nuestro estudio, para ser completo, debia llenar los vacíos que en este libro se encuentran, y que en parte se deben á las supresiones hechas en el original aleman por el traductor frances, en parte á las que el autor mismo hizo al comenzar la edicion de Leipsik, y en la mayor, á la falta completa de edicion del período corrido desde su salida de Miramar hasta su muerte. ¿Siguió escribiendo Maximiliano en México el diario de su vida? Creemos que sí; no obstante que para asegurarlo, ningun dato cierto tenemos los que estas líneas escribimos, que no estuvimos en contacto con el hombre á quien hemos aprendido á apreciar mas bien en su sepulcro que en el trono. Pero si de esos vacíos posible nos seria llenar el primero, como lo harémos tal vez mas tarde, cuando revisemos nuestra traduccion teniendo á la vista el original aleman, no sucede lo mismo respecto de los demás, en que por razones fáciles de comprender, si podríamos ser traductores fieles, no seríamos jueces imparciales.



Tenemos, sin embargo, de ese último período, la primera y la última piedra. Lo abre la sentida poesía que nuestros lectores verán en la introducción de M. Gaillard. Después de ella, sigue ese drama en que tanto figuran *los en cuyas venas circula champagne en vez de sangre*, y en el que se confunden graves errores é inmensos infortunios, odios, rencores, y el clamor de las pasiones que fermentan en nombre de la patria y de la justicia. Al último, como la postrer página del Libro de Memorias, como la suprema inspiración del corazón templado para altos hechos y más venturosos resultados, cierra el cuadro que nos propusimos trazar, el último escrito del autor de este libro; escrito que con mano segura, trazó momentos antes de emprender su postrer viaje al Cerro de las Campanas. Hé aquí esa última página:

«Sr. D. Benito Juárez.—Querétaro, Junio 19 de 1867.—  
Próximo á recibir la muerte, á consecuencia de haber querido hacer la prueba de si nuevas instituciones políticas lograban poner término á la sangrienta guerra civil que ha destrozado desde hace tantos años este desgraciado país, perderé con gusto mi vida, si su sacrificio puede contribuir á la paz y prosperidad de mi nueva patria. Íntimamente persuadido, de que nada sólido puede fundarse sobre un terreno empapado de sangre y agitado por violentas conmociones, yo conjuro á vd., de la manera más solemne, y con la sinceridad propia de los momentos en que me hallo, para que mi sangre sea la última que se derrame, y para que la misma perseverancia que me complacía en reconocer y estimar en medio de la prosperidad, con que ha defendido vd. la causa que acaba de triunfar, la consagre á la más noble tarea de reconciliar los ánimos, y de fundar de una manera estable y duradera la paz y tranquilidad de este país infortunado.—MAXIMILIANO.

Después de las anteriores líneas, todo comentario, todo juicio nos está prohibido. Sobre ellas cayó un reguero de sangre que cubre todavía el epitafio indescifrable que la mano de Dios escribe sobre la tumba de los hombres que mueren á manos del hombre.... Meses después, el *Novara*, ese buque de feliz agüero para todo alemán, llevaba en su postrera travestía al viajero que en ese mismo buque emprendía, lleno de vida y de esperanza, la expedición, cuya historia ocupa las primeras hojas de este libro. Las aguas del olvido, fuente única de consuelo para los vivos, más rápidas que las del mar, alejan cada día el recuerdo del príncipe y del Emperador. Antes que el cadáver se disuelva, la memoria del hombre se habrá tal vez perdido. Pero en las páginas de este libro quedará de ella un monumento imperecedero, porque en él vivirá la voz del corazón del poeta, que repetirán con profundo respeto cuantos alienten algo de noble y de generoso en el suyo, cada vez que busquen á Dios en lo alto de la montaña al rayar la aurora, en el fondo de los bosques al mediar el día, en medio del desierto al declinar la tarde, y quieran unir sus acentos á ese sublime concierto de los bosques, con el que como un himno de alabanza y adoración, se confundió la sentida palabra de esa alma alemana, fundida por el sol ardiente de los trópicos.

Sacerdote del culto de la naturaleza, misionero de la



emancipacion de la humanidad, Maximiliano, como hombre y como poeta, dejó escrito su nombre en cada cuadro que describió, en cada corazon que supo apreciarlo. Las llanuras del mar, los bosques del Brasil no lo olvidarán jamás; miéntras en el círculo de sus afecciones íntimas, quede solo su recuerdo, como la dolorosa manía de la desgraciada princesa, que durante tristes dias y largos años, ha esperado, y esperará en vano, en los desiertos salones de Miramar, la vuelta del compañero de sus sueños de gloria y de ambicion.

Ya no volverá al lado de la esposa, el esposo que duerme el sueño de la muerte en el último lecho en que reposan los Hapsburgo; pero su espíritu, hablando en este libro la lengua de Cervantes, como ha hablado ya la de Goëthe, Moliere y Shakespeare, irá, con el habla de los hijos del Mediodía, á repetir á su oído los recuerdos de esa vida, que pasó en sus breves periodos, segun la expresion del Poeta del desierto, como pasan las aves, como pasan las nubes, como pasan las sombras.

*M. M. O. de Montellano.*

# ITALIA

## CAPÍTULO PRIMERO

### NÁPOLES Y EL REY FERNANDO

Rada de Trieste, 30 de Julio de 1851.\*

El 30 de Julio de 1851, a las siete de la noche, veía yo en fin cumplirse uno de mis mas queridos deseos, un deseo acariciado hacia mucho tiempo, el de emprender un gran viaje marítimo. Dejaba con algunos de mis amigos mi hermoso país de Austria: el momento era solemne para mí, porque aquella era la primera vez que abandonaba mi patria para hacer una larga permanencia en la mar. La chalupa nos llevó rápidamente, y cerca de las ocho de la noche, en medio de los acordes del himno nacional, subiamos a bordo de nuestro palacio flotante, la fragata la *Novara*, cuyo nombre para un austriaco era ya de buen agüero. Se despidieron de nosotros las personas que nos habian acompañado, se levantaron las escaleras móviles y quedaron interrumpidas las relaciones con la tierra; apenas tuve tiempo para enviar algunas líneas escritas apresuradamente en el camarote del capitán. Comenzaba a declinar el dia y era preciso levantar la última ancla; esta operacion fué laboriosa y reclamó los mayores esfuerzos: un nuevo sistema francés adaptado a la máquina, entorpecía el movimiento y

\* Habiendo nacido Maximiliano el 7 de Julio de 1832, tenia en esta fecha diez y nueve años y veintitres dias.